



Ayuntamiento de Sebúlcor

XXIII CONCURSO DE CUENTOS BREVES “LOS BRUJOS”

GANADOR/A CATEGORÍA PINO CHURRO (ADULTOS)

‘NOCHES EN GUERRA’

Yolanda Requena Ortega

Ayuntamiento de Sebúlcor

Plaza Mayor Nº1. 40380 Sebúlcor (Segovia)

TÍTULO: “NOCHES EN GUERRA”

CATEGORÍA: “PINO CHURRO”

PSEUDÓNIMO: “MALVA MAR”

El miércoles ha comenzado con tres bombardeos, varios muertos, decenas de heridos y nada que echarnos a la boca. Lo de siempre. Un par de manzanas ruedan medio podridas por el asfalto destrozado. Corremos hacia ellas como dos lobos hambrientos y nos miramos aliviados, hasta los gusanos alimentan. Queda rebuscar entre los muertos, Eugene ha encontrado una linterna y unas zapatillas menos deterioradas que las suyas, al menos tienen suelas. Yo he encontrado un mechero y una cuerda, y le he quitado un cinturón marrón al cuerpo de un chico de unos veinte años, espero que a mi padre le sirva, los pantalones se le caen desde hace días.

El hambre es una bestia que nos acecha cada amanecer, nos enseña sus garras esperando darnos el gran zarpazo mientras nosotros conseguimos esquivarlo torpemente.

Eugene es un amigo y compañero del Instituto, íbamos juntos a clase antes de comenzar la guerra. Entonces, todo estalló en mil pedazos y, cada día, nos encontramos para rebuscar entre los muertos, entre las ruinas de las casas, en los colegios ahora cementerios, entre los árboles y matorrales, bajo cualquier lugar por muy inútil que parezca...Él vive con su madre en un edificio medio derrumbado dos manzanas más allá, lleva días sin saber nada de su padre y de su hermano. Yo vivo con mi padre, mi madre murió hace un mes en medio de un tiroteo tratando de recoger algo de fruta tirada

por el suelo de una tienda ya devastada. Sobrevivimos en el patio de nuestra casa y lo que queda de media habitación con tres paredes y la mitad del techo.

Me despido de Eugene.

- ¿Y por la noche qué harás? – Siempre me pregunta lo mismo. Teme a la noche.

Y yo le respondo lo de siempre:

- Jugaré a las cartas con mi padre si la luz de la luna lo permite. Le cantaré bajito hasta que logre dormirse y lo abrazaré como si fuera la última vez.

La noche es un monstruo que nos devora a todos una y otra vez, no es una noche oscura si no coronada por la luz del infierno. Porque en el infierno también hay luz: la de las bombas, la de los incendios, la de las velas de las familias que rezan por llegar al día siguiente, la de las velas que velan a los muertos, la de las linternas de los que tratan de huir... Desde que falleció mi madre, mi padre también se ha ido. Apenas habla, apenas se mueve, apenas respira; ¿cómo una chica adolescente como yo puede sacarle una sonrisa? Sólo con una partida de cartas en las noches hambrientas.

Es jueves, y llego un poco más tarde a mi cita con Eugene. Encuentro a Eugene sentado sobre la chatarra de lo que fue algún tipo de vehículo militar, con la cabeza baja, las manos sobre la nuca y las lágrimas bañando el asfalto seco y cuarteado. Permanece callado. Yo permanezco a su lado, con una mano sobre su hombro. La guerra es lo que tiene, te roba las palabras. Una pequeña mano inerte sobresale de los escombros, es del cuerpo de un niño que ha quedado sepultado bajo las pesadas piedras, parece no tener más de cinco años, le doy con el pie a esa pequeña mano tratando de ocultarla para que Eugene no la vea. Quién me hubiera dicho hace unos meses que le daría una patada a la mano de un niño sin vida.

La madre de Eugene ha amanecido muerta esta mañana, tal vez por hambre, por sed, por cansancio, por enfermedad, por pena...Dejo que Eugene haga su duelo y mientras, busco desesperadamente entre las ruinas. Hoy parece que hay más suerte, tres latas en conserva, mi padre podrá cenar algo esta noche. Y nosotros también. El resto del día no es mucho más fructífero, Eugene sigue sentado sin decir nada. Una madre rebusca con una mano entre la basura, con la otra sujeta a un bebé. Un anciano descansa sobre el único banco en pie de un parque asolado y polvoriento y varios aviones hacen sus alardes en el cielo. Familias corriendo, otras llorando, niños en soledad desgastando el nombre de sus padres a gritos. Seguirán solos. Morirán solos. El día va apagándose y los ruidos son cada vez más atronadores. Eugene, por fin, rompe su silencio:

- ¿Y por la noche que harás?
- Mejor dicho, ¿qué haremos? Vámonos amigo. Vendrás con nosotros – respondo a Eugene.

Hay tres latas, hemos pensado en racionar, pero nos es imposible. Abrimos cada uno una lata como ratas husmeando en la basura y mordisqueando su trofeo antes de quitar el envoltorio. Hoy ha habido suerte con la cena, mañana quién sabe. Esta noche somos tres en la partida de cartas, aunque mi padre y Eugene, a veces, es como si no estuvieran; en silencio echan las cartas al azar, sin mirar, sin interés, como si la guerra los hubiera absorbido antes de morir, como si el miedo hubiera ganado la partida.

Es viernes. Eugene se ha levantado más animado. Mi padre sigue durmiendo, lo tapo con la vieja manta de cuadros roída. Tal vez hoy sea un buen día, comenzamos nuestra búsqueda. Bajo los restos de la fachada de un edificio recién derrumbado, encontramos un casco y, seguidamente, el dueño de ese casco. Es un soldado fallecido durante la noche. Su mochila a la espalda parece intacta y somos los primeros saqueadores. Hay

unas latas, unos plátanos, algo de chocolate, batidos de proteínas, hay una radio, un pequeño botiquín con medicamentos y el tesoro que más escasea, hay una cantimplora con agua. Eugene y yo nos abrazamos. Apenas nos quedaban unas gotas de agua en una pequeña taza de un par de días de lluvia de la semana pasada. Volvemos a casa antes de lo esperado, la mochila militar es demasiado golosa en medio de una selva hambrienta. De camino, tratamos de saltar los cuerpos. Me llama la atención uno de ellos, es una chica aproximadamente de mi edad, unos 16 años, con un precioso vestido rojo, lleno de polvo y algunas gotas de sangre. Hoy es el día perfecto para celebrar. Le digo a Eugene que no me espere, que siga hasta casa con mi padre. Llevo colgada la mochila a la espalda. La dejo en el suelo y quito delicadamente el vestido rojo a la chica que yace tendida. Perdí los escrúpulos hace tiempo, pero no el respeto, le susurro al oído: “lo siento, te lo cojo prestado”. Somos salvajes sin elección en medio de una guerra larga y sin sentido. El vestido me queda bien, cojo la mochila y vuelvo a casa, es entonces cuando una gran explosión me arrastra unos metros más atrás y quedo, inconsciente, durante unos segundos. Despierto confusa y con algunas heridas leves, la explosión ha sido muy cerca de casa y salgo corriendo como una pantera rabiosa y asustada.

Ya no hay patio ni habitación. Mi padre yace muerto bajo los escombros, le limpio la cara de ceniza. Lo abrazo y lloro. Tapo su cuerpo con la vieja manta de cuadros. Una voz pronuncia mi nombre débilmente, es Eugene, malherido y atrapado bajo una viga que es imposible mover.

- Estás preciosa con ese vestido rojo. ¿Y por la noche que harás? – Son las últimas palabras de Eugene.
- Morir o matar, Eugene. Morir o matar.